

Cosecha de verano

ALBERTO PÉREZ
ANNIE ALTAMIRANO
ARANCHA ARNAU
CARMEN GARCÍA
ELENA TORREJONCILLO
GONZALO J. MALLEA
JORGE ENCINAS
JOSÉ M. COLMENERO
JUAN DÍAZ
MARCELO DÍAZ
MARÍA DOLORES ALMEYDA
MIGUEL TORIJA
PEDRO GÓMEZ
PETRA DINDINGER
PURI TERUEL
ROSA MIRÓ
SICILIA NUÑO
TOMÁS ILLESCAS
YOLANDA QUIRALTE

ALENA COLLAR
ANTONIO J. CUEVAS
CARMEN G. GRANDAL
CHRISTA MADRID
ELISA EL ZOUGHBI
JAVIER GARCÍA
JOSÉ A. SOCORRO - NORAY
JOSÉ R. MARTÍNEZ
MANEL ALJAMA
MARI CARMEN CASTILLO
MARÍA SENTANDREU
PACO TEJEDO
PEPA CANTARERO
PILAR SABORIT
ROSA Mª GARCÍA
ROSARIO RARO
SILVIA CUEVAS-MORALES
TRINI REINA

LIBRO SOLIDARIO

Parte de los beneficios de esta edición serán entregados a la ONG **Agua Pura**.

Primera edición: Julio 2013

© Del texto

Los autores

Del diseño

Akane Studio

De la presente edición

Unaria ediciones

www.unariaediciones.com

hola@unariaediciones.com



ISBN

978-84-941546-0-7

Depósito legal

CS 239-2013

COSECHA DE VERANO

PRÓLOGO

Imagínense ustedes la siguiente escena: Estamos en Atapuerca, una noche de hace unos quince mil años. En el interior de una cueva un grupo familiar extenso, quince o veinte personas, está reunido alrededor de un fuego, que más que calentarles, es verano y afuera hace una noche cálida, ilumina sus rostros y les da la seguridad de verse y sentirse protegidos ante posibles peligros nocturnos. Escuchan embelesados a una mujer mayor, quizá la matriarca del grupo, que va desgranando con palabras sencillas una historia que hace volar su imaginación muy lejos de la cueva. La anciana habla despacio, para que ninguna de sus palabras se pierda en la oscuridad de la caverna y queden concentradas en ese momento mágico que está absorbiendo la atención de todos los que la escuchan, porque sencillamente lo que está haciendo es narrarles un cuento, que quizá no sea la primera vez que lo oyen, pero que siempre surte el mismo efecto revelador, provocando un torrente de emociones.

Como verán es el cuento la más antigua manera de narrar historias que ficcionan la realidad, convirtiéndola en algo mágico, a veces imposible, inalcanzable más allá de la imaginación del cuentista y del que escucha. Y digo bien del que escucha, porque durante muchos miles de años, la única forma de disfrutar con una historia era escucharla. Bardos, juglares, trovadores, cuentacuentos, abuelas, abuelos... incluso todavía hoy en lugares donde existen personas que aún no saben leer ni escribir, existen contadores de cuentos que van por las plazas, llevando magia e ilusión a las gentes, como los halakis de Marrakech, que siguen siendo fieles a una tradición antigua, desgraciadamente hoy en peligro de extinción.

Los cuentos, que según la RAE son una «relación, de palabra o por escrito, de un suceso falso o de pura invención», siguen ocupando hoy, en la era tecnológica del siglo XXI, una posición privilegiada en el acervo cultural de la sociedad, aunque bien es cierto que la escritura, desde hace tiempo, ha sustituido a la palabra contada, pero no por ello dejan de ser igual de asombrosos que siglos atrás. Aunque si es cierto que el acto individualizador que significa la lectura de un texto, ha aparcado la magia de compartir las historias en grupo, y cruzar nuestras emociones con las de los que nos rodean. Pero no por ello, cada vez que leemos un cuento, nos estamos alejando de nuestros ancestros. Muy al contrario, participamos de esa tradición antigua de disfrutar de la revelación extraordinaria de unos acontecimientos que siendo, tal como define la RAE, «una narración breve de ficción», acaban colmando nuestra necesidad de volar con la imaginación a otros lugares y a unos sucesos que nosotros no vivimos.

Con esta tradición tan antigua ha conectado, excelentemente, Unaria Ediciones (antes, Urania ediciones), publicando ya su segundo libro de cuentos, que con el título de *Cosecha de Verano*, bajo el cual, al igual que en *Cosecha de Invierno*, podemos leer y disfrutar de una amplia selección de cuentos de autores de todo el país, que si bien muchos de ellos y ellas pertenecen a otros ámbitos literarios, como la poesía o la novela, no desmerecen con estos trabajos la calidad de sus obras. Esta segunda «cosecha» del año, son treinta y siete cuentos marcados casi todos por la soledad, el amor y el desamor; la desesperanza que genera la crisis profunda que está viviendo nuestra sociedad; la denuncia de la injusticia, que si bien es un mal universal e inmemorial, no por ello deja de sacudir las conciencias de las personas justas. Pero también hay luz en los relatos, fognazos de esperanza, que nos animan a seguir, a no caer en el desencanto por la vida. Estamos ante literatura muy anclada a la realidad que nos rodea, que por estar bien ficcionada no elude su compromiso con los valores eternos de la humanidad, ni con los sentimientos y las emociones que todos llevamos pegados en nuestro ADN. Literatura bien escrita, cuidada, arrancada de la sabiduría interior que todo escritor lleva

dentro, para hacernos llorar, reír, maldecir, soñar y vivir. Qué más se le puede pedir a esta nueva cosecha, escrita para que en las tardes calurosas del estío, o en las noches en las que buscamos el fresco de la Luna, podamos perdernos entre sus palabras, al igual que hace quince mil años, en una cueva de Atapuerca, ancestros muy lejanos nuestros, apenas respiraban, para que el sonido del aire saliendo de sus pulmones no desviara la magia del cuento que la gran madre les estaba relatando.

González de la Cuesta

Castellón, 7 de Junio de 2013

ALBERTO PÉREZ

EL OPTIMISTA

Hace tiempo que vengo diciendo que la voluntad de hacer las cosas es el motor para el cambio. Pero la voluntad sigue siendo la misma, no ha cambiado. Tal vez sea el momento de que el cambio esté en la voluntad.

– ¿Desde cuándo dices estas sandeces? – repuso uno de mis colegas.

No lo recordaba entonces ni lo recuerdo ahora, pero juraría que fue en tiempos más felices que los que ahora vivimos y, aún así, seguía pensando de la misma manera.

La predisposición de mis alumnos al cambio era sobrenatural. Cambiaban de pareja como de camisa cada día, ignoraban mis argumentos como servían para persuadirlos, declinaban hacer un trabajo o querían realizar tantos voluntariamente que debía frenarles los pies. Los cambios son su referente para acertar o cagarla en un mundo donde ya no existen suficientes modelos para sentirte cada día aleccionado. Tan solo sus conciencias son sus guías virtuales que han tenido que crearse y, mediante ensayo y error, buscan la forma de adaptarse a la sociedad en la que viven.

– Profesor, ¿no es más fácil esperar que llegue el momento

apropiado que forzar nuestra voluntad al cambio? – me preguntaba una alumna al final de una clase, sin falta de agudeza.

Los jóvenes disfrutaban de un tiempo plácido donde los cambios forman parte de una constante que, en contra de la física, tiende a desaparecer. Los adultos no asumimos los cambios de la misma manera pero podemos generarlos más rápidamente. Y ahí está el quid de la cuestión.

– Poder cambiar nuestra sociedad depende exclusivamente de nuestra capacidad de generar un cambio en la voluntad de cada individuo.

Mis disertaciones eran, las más de las veces, incomprensibles para los pupilos. Buscaba la forma didáctica de hacerles comprender tales apreciaciones, aunque no resultaba sencillo. Para ello construí un código deontológico que reflejaba en cinco puntos, y de fácil representación gráfica, cómo asumir y elaborar un cambio positivo en nuestras vidas y nuestra sociedad.

La idea iba calando en las jóvenes mentes y, en unos meses, comenzaba a ver experiencias prácticas con interesantes resultados. El claustro parecía cada vez más interesado en esta *inusual teoría*, como la llamaron. En los pasillos hacían corro los profesores, que rehuían mi mirada cuando yo encontraba las suyas.

– ¡Cuán positivo es usted! – me criticaba con sorna un colega.

Una mañana elaboré un discurso que utilicé con mis compañeros de trabajo para disuadirles de la adopción de una actitud *ex summo malo*. Todo parecía convincente, motivador, atractivo al intelecto. Si mi mente hubiese sido bípeda, hubieran hecho cola para agasajarla, cortejarla y, uno tras otro, llevársela al catre aunque fuese una noche. Mi sonrisa en los meses siguientes fue el testigo de que mi teoría tenía sentido práctico y que debía ser expuesta en círculos académicos más

amplios del que me hallaba. Pero el rector me llamó una mañana a su despacho después de unas tutorías con alumnos.

– Siéntese. – no me pude negar a aquel severo ofrecimiento.

La sobriedad del despacho del rector contrastaba con el colorido de las aulas, donde cientos de brillantes camisetas, pantalones vaqueros y faldas de amplio vuelo, las asemejaban a un gran cesto de frutas. Aquel espacio era más parecido al taller de un mecánico obsesionado con el orden y la limpieza.

– Han llegado a mis oídos sus progresos respecto a una teoría de praxis filosófica.

– Sí, se trata de algo que he desarrollado en mi experiencia como docente. – aduje. – He tenido...

– Permítame continuar. – me interrumpió. – Sus compañeros de claustro parece que sienten cierto respeto hacia usted, pero también temor frente a sus ideas. No creo que sea oportuno infundir, en estos tiempos, el mismo temor a los alumnos.

– Perdóneme, pero no creo que los alumnos sientan ningún temor. A decir verdad, lo están utilizando de forma práctica para conducir sus vidas.

– Aún no he acabado. Esta institución no se puede permitir el lujo de perder a ningún alumno y los padres comienzan a estar enterados de su *inusual teoría*.

Otra vez la dichosa palabrita, pensé.

– Algunos padres – carraspeó y se levanto de su asiento. – ya me han comentado que los efectos de su docencia están causando confusos comportamientos en sus hijos. Comportamientos que no

van a tolerar, por muy positivos que sean.

– ¿Qué insinúa? – pregunté acongojado mientras se acercaba a mí.

– Su actitud positiva está poniendo en compromiso esta institución y hemos reclamado la asistencia técnica de un perito psiquiátrico para que determine su capacidad para seguir ejerciendo sus funciones. No vemos con buenos ojos lo que está llevando a cabo. Así que debemos esperar a tener un dictamen para poder actuar en consecuencia. Mientras tanto quedará usted suspendido de sus funciones, por lo que deberá recoger sus cosas y marcharse hoy mismo, hasta nuevo aviso. ¿Me entiende?

Entonces, sin nada que objetar, asumí lo peor.